

Delfina López Sarrelangue, *Una villa mexicana en el siglo XVIII. Nuestra Señora de Guadalupe*, 2a edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas-Miguel Ángel Porrúa, 2005, 294 p.

En el mes de mayo de 1572 se envía desde España una Real Cédula mediante la cual se daba aviso a las Reales Audiencias del viaje a Indias de fray Diego de Santa María, un monje jerónimo del convento de Nuestra Señora de Guadalupe en Extremadura. El motivo del viaje era vigilar lo relativo a las mandas forzosas que por ley se deberían entregar a su convento; así, con esa encomienda, el padre Santa María se instala varios años en México, para tratar a fondo los negocios de los jerónimos, entre ellos lo concerniente a una humildísima ermita construida años antes al norte de la capital, conocida como la “ermita de Guadalupe”.

A ese respecto envía al rey dos informes muy minuciosos en los que describía varios puntos relativos a dicha ermita, como el origen del nombre de Guadalupe que ostentaba en ese entonces, el número de fieles que concurrían a ella, la cantidad de limosnas que se estaban juntando allí y el modo como se estaba administrando.¹ Cabe señalar que el padre Santa María centró una parte importante de estos informes en el estado físico de la ermita y sobre todo en el sitio “en el sitio donde [estaba] fundada”.²

En su opinión, el terreno era muy inadecuado porque estaba pegado a la laguna de México y por lo tanto lleno de salitre, lo que lo hacía sumamente malsano y, por si fuera poco, el sitio carecía completamente de agua. No había agua potable en el Tepeyac.

De manera que aunque la gente estuviera visitando la ermita con mucha frecuencia y aunque ya se estaban juntando allí cantidades aceptables de limosnas, él aconsejaba que lo más pertinente sería trasladar esta ermita a otra parte, porque según él, ese terre-

¹ “Carta de fray Diego de Santa María a Su Majestad”. Documento México, n. 69, rollo 3, y “Carta de fray Diego de Santa María a Su Majestad”. Ciudad de México, 14 de marzo de 1575, México, n. 283, en Xavier Noguez, *Documentos guadalupanos*, México, El Colegio Mexiquense, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 230-236.

² *Ibidem*, p. 230.

no del Tepeyac no tenía ninguna perspectiva. Es más, se atrevía a sugerirle al rey un lugar muy bonito que él había visto, una granja que se llamaba Chapultepec, y en la misma carta le pedía a Felipe II su autorización para instalar allí no sólo a la Virgen, sino incluso pensar en fundar allí en Chapultepec un convento jerónimo que se dedicara a atender bien esta devoción.³

En otras palabras, después de haber analizado el estado que guardaba dicha devoción, él planteaba una solución, pero aclarando que si no se tomaban cartas en el asunto y si dejaban a la Virgen allí en la ermita del Tepeyac, el apego de la gente a la Virgen de Guadalupe estaba condenado al fracaso. Además, advertía que si eso llegara a suceder, él, como representante autorizado “de la casa de Nuestra Señora de Guadalupe” de Extremadura, se vería en la necesidad de exigir que se le quitara el nombre de Guadalupe a la Virgen que tenían expuesta en el Tepeyac.

Como todos sabemos, las autoridades eclesiásticas de México no tomaron en cuenta las sugerencias de fray Diego, de tal suerte que la Virgen se quedó en su ermita original y la historia caminó por otras sendas.

La presencia de la Virgen allí, en su cuna, en el lugar mismo de su aparición, resultó tan prodigiosa, tan intensa, que conmovió al Tepeyac, lo revolucionó, lo transfiguró, como se puede ver en la obra de la Delfina López Sarrelangué *Una villa mexicana en el siglo XVIII: Nuestra Señora de Guadalupe*.

Este libro explica el proceso que se dio para que hoy, a 475 años de distancia de haberse iniciado la devoción guadalupana en el Tepeyac, a pesar de las predicciones negativas de fray Diego, ese llano salitroso y seco que tanto le había disgustado, se convirtiera nada menos que en el centro devocional más importante de este continente y en uno de los puntos de peregrinaje más visitados de la geografía católica universal.

Esta conducta urbana tan atípica, este megadesarrollo tan impresionante sólo se puede explicar después de leer *Una villa mexicana en el siglo XVIII*, como también, sólo después de leer este libro, podemos entender las razones del padre Santa María... paradójicamente.

Y las podemos entender en buena medida porque esta obra presenta la realidad del Tepeyac, desde aquel entonces, cuando en el

³ *Idem*.

siglo XVI, no era más que un páramo yermo y despoblado. Y es que, sólo después de leer el libro de la doctora López Sarrelangue, entendemos por qué estaba despoblado. Había razones importantes que provocaban esta desolación; lo que nos obliga a reconocer que no estaba tan errado el padre Santa María.

El Tepeyac tenía por el norte la Sierra de Guadalupe, una cadena árida e improductiva que sólo servía de estorbo. Al oeste estaban los ríos de Tlalnepantla y los Remedios, ambos de aguas muy contaminadas, que a su vez desembocaban en el de Guadalupe, que en tiempos del México antiguo se llamaba Oztotitlan.⁴ Al oriente estaba el lago de Texcoco, no sólo insalubre, sino además con el inconveniente de que presentaba una constante amenaza de inundación.

Es decir, las condiciones naturales de ese lugar eran tan precarias que ni siquiera poco antes de la conquista, en el momento más brillante de la demografía prehispánica, cuando las cifras de población llegaron a alcanzar su mejor momento en el Valle de México,⁵ ni siquiera entonces se llegó a poblar el Tepeyac.⁶

Y si bien es cierto que hubo asentamientos tempranos en los alrededores, como el de Ticomán, que se remonta al VI milenio antes de nuestra era,⁷ por otro lado todo hace pensar que la pésima ecología del Tepeyac había impedido su colonización hasta ese momento. Por lo tanto, salta a la vista que el desarrollo posterior de la Villa se originó por factores externos, lo que queda demostrado en esta obra. Tepeaquilla, como le decían en aquel entonces los españoles, creció, no por su entorno natural, sino a pesar de él. Se dio allí una circunstancia lo suficientemente fuerte como para haber podido potenciar un área cerril, áspera e inhóspita.

Esta circunstancia fue, evidentemente, la devoción a la Virgen de Guadalupe, lo que sólo se puede entender, insisto, después de haber leído la obra de la doctora López Sarrelangue. Este libro demuestra que fue la Virgen la que transformó al Tepeyac. No sólo

⁴ Otro de los aportes de esta obra es el haber encontrado el antiguo topónimo del río, el cual se desconocía.

⁵ Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000, en Ana Rita Valero de García Lascuráin, *Plano topográfico de la Villa de Guadalupe y sus alrededores*, México, CIESAS, Basílica de Guadalupe, 2005.

⁶ Ana Rita Valero de García Lascuráin, *Plano topográfico de la Villa de Guadalupe...*

⁷ Cristina Niederberger, "Inicios de la vida aldeana en la América media", en *Historia de México*, México, Salvat Mexicana de Editores, v. 1, p. 93 y 121.

lo pobló, sino que lo transformó radicalmente. Tan es así que hoy, a 475 años de distancia del arranque de la devoción guadalupana, la Villa de Guadalupe se ha convertido en un testimonio único en la historia de México.

Actualmente se manejan cifras espectaculares que estiman en cerca de 20 millones de peregrinos los que anualmente llegan a la Villa. Es posible que éste sea el mayor movimiento de masas del continente americano y uno de los más nutridos de la geografía católica universal. Se trata de un fenómeno socioreligioso de dimensiones espectaculares.

El libro de Delfina López Sarrelangue tiene la virtud de poner de manifiesto la metamorfosis que sufrió esa llanurita que tanto le había disgustado a fray Diego de Santa María cuando vino a México en calidad de inspector a finales del siglo XVI.

Este libro sale gracias al sentido histórico de la doctora, que fue lo suficientemente agudo como para haber podido recoger intelectualmente ese intenso proceso de transfiguración que convirtió un páramo en un espacio privilegiado, un espacio al que hoy se puede considerar como punto de primordial importancia dentro de la geografía social de México.

Ante un fenómeno de estas dimensiones surgen un sinnúmero de preguntas, por ejemplo: ¿Cómo se logró generar un desarrollo urbano tan brillante, en una plataforma especialmente inadecuada? ¿Cómo es que allí en el Tepeyac se rompieron los supuestos lógicos del urbanismo? ¿Porqué justamente allí se dio este megadesarrollo, habiendo en el Valle de México tantos otros puntos mucho más adecuados para recibir una expansión urbana de alto nivel?

La singularidad de este libro, así como la riqueza de su contenido han respondido ampliamente a estos cuestionamientos desde hace casi medio siglo, en la primera edición de la obra que muchos habíamos leído con tanto interés.

Afortunadamente hoy, para complacencia de la comunidad académica y de todos los interesados en el tema, sale nuevamente a la luz *Una villa mexicana...* y para mayor fortuna, sale enriquecida sustancialmente. Ya la primera obra había marcado un hito en la historiografía mexicana y digo que marcó un hito refiriéndome no sólo al contenido intrínseco de la obra, que fue exhaustivo, sino que pienso en otras razones también.

Por ejemplo, en aquel entonces, hace medio siglo, cuando la doctora López Sarrelangue trabajaba en su investigación, logró gracias a sus buenos oficios, que por vez primera una mujer pudiera ingresar al archivo de la catedral de México. Cabe recordar que durante 400 años había estado rigurosamente prohibido el acceso de las mujeres a ciertos sectores de la catedral, de suerte que gracias a sus buenas gestiones ella abrió la puerta de este importantísimo repositorio a sus colegas que vendrían después, lo que tuvo mérito.

Pero además del archivo de la catedral ella trabajó en cerca de 20 repositorios importantes, algunos enteramente inéditos, como el de la parroquia de Guadalupe, que no se había consultado jamás y estaba intacto y sin catalogar. Consultó también el Archivo General del Departamento del Distrito Federal y el del seminario de la arquidiócesis de México, por no hablar de los grandes archivos nacionales, como el Archivo General de la Nación, en México, el de Indias en Sevilla o el de la Real Academia de la Historia de Madrid, etcétera.

Es decir, la autora reunió un acervo documental sumamente rico y tan excelente materia prima en sus manos se convirtió en Historia y digo Historia con mayúscula, enfáticamente. Porque además de haber trabajado fuentes inéditas, López Sarrelangue abordó el estudio del pasado con un espíritu extremadamente riguroso.

De entrada, empezó por hacerse la clásica pregunta de la historia tradicional, que en el caso concreto de su investigación era ¿Qué es lo que había pasado allí, en el Tepeyac? Responder a esta pregunta ya hubiera sido suficiente aporte. Sólo que ella no se quedó allí; exigente con su material, volvió incisivamente sobre sus fuentes para preguntarse el porqué y el cómo había pasado todo eso, es decir, la intención era analizar, a profundidad, el proceso histórico de “la Villa” pero en toda su complejidad, rescatando las estructuras ideológicas, sociales, económicas y políticas que dieron como resultado la atípica formación de esa “villa mexicana del siglo XVIII”. Es decir, ella trabajó con el más puro espíritu científico dentro de lo que hoy se ha dado en llamar “la nueva historia”, una historia más incisiva, más ambiciosa, mucho más exigente, que pretende reconstruir el pasado profundamente. Y con un sentido verdaderamente integral trató una multiplicidad de aspectos, desde luego el urbanismo de la Villa, tema que estudia brillantemente, así como su historia política, sus fiestas y sus peregrinos.

Además de estos grandes temas, que saltan a la vista en la obra, llama la atención que ella haya entrado en otros temas: explica, por ejemplo, el proceso histórico de la población indígena del Tepeyac, su composición étnica, su estructura política, su economía, es decir, el proceder de los antiguos pobladores indios del norte de la Cuenca de México, los agricultores, los pescadores, los salineros, instalados en las inmediaciones del Tepeyac de tiempo atrás.

Paralelamente observa también a “los otros”, a los pobladores españoles y a los mestizos, a todo ese rico abanico étnico que nace en la Nueva España y que se ve reflejado físicamente en la constitución de la Villa. Es decir, ella descubre estos “nuevos” grupos, que van llegando a la Villa poco a poco, con otros intereses, con otra cultura, con esquemas diferentes a los de los indios; son los panaderos y los mesoneros y los comerciantes españoles que se instalan allí a hacer negocios, atraídos por el gran movimiento del santuario.

Al mismo tiempo, el libro va detectando las relaciones que se entretienen entre indios y españoles y las de ambos con los gobiernos centrales, tanto el eclesiástico como el civil, lo que dio como resultado un escenario abigarrado no falto de controversias.

Y dentro de todo este barroquismo, dentro de toda esta complejidad surge, por si fuera poco, ¡la Colegiata! La Insigne y Real Colegiata de las Indias, nada menos, la primera y mayor de América. Nunca, en 250 años de presencia española en este continente se había fundado una colegiata en la inmensidad americana. La de Guadalupe fue la primera. Por eso fue especialmente distinguida, privilegiada y bendecida por los papas, como también fue constantemente honrada y enaltecida por los reyes. Y lo más increíble es que tal dignidad haya quedado instalada allí, nada menos que en el Tepeyac, el humilde y desolado llanito que tanto había disgustado a fray Diego de Santa María 200 años atrás.

Eso es, entre otras cosas, lo que contiene este libro, el proceso histórico de la Villa en toda su complejidad, porque, además, no podemos olvidar que todo este teatro humano variopinto, rico y multicolor, bilingüe y pluricultural, todos los “villanos”, quedaron engarzados dentro de la estructura de esa extraordinaria expresión devocional, a la que hoy conocemos como el guadalupanismo mexicano. Se trata de un fenómeno socioreligioso cuya capacidad de síntesis ha sido de tal dimensión que pudo transfor-

mar radicalmente su propio entorno, lo que hemos podido entender en su verdadera dimensión sólo después de leer *Una villa mexicana en el siglo XVIII. Nuestra Señora de Guadalupe*, de Delfina López Sarrelangue.

Ana Rita VALERO DE GARCÍA LASCURÁIN